

***Tetzáhuítl. Los presagios de la Conquista de México*, editado por Guilhem Olivier y Patricia Ledesma. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2019.**

Johannes NEURATH

Museo Nacional de Antropología, México
johannes.neurath@gmail.com

Después de la exitosa exposición temporal *Tetzáhuítl. Los presagios de la Conquista de México* en el Museo del Templo Mayor, se publicó un libro-catálogo con textos de Patricia Ledesma, Alfredo López Austin, Guilhem Olivier, Berenice Alcántara, Bertina Olmedo, Rachel King, Bernard Grunberg, Valentina Vapnarsky, Luis Millones, Renata Mayer y Renée Koch-Piettre. Uno de los coordinadores académicos de esta obra es Guilhem Olivier, un especialista en adivinación mesoamericana que trabaja el tema por lo menos desde su libro sobre el dios Tezcatlipoca. Esta deidad se llama “espejo de obsidiana” porque los especialistas rituales mexicas y de otros pueblos del Posclásico usaban precisamente este tipo de espejo (*tezcatl*) para sus adivinaciones. Vale la pena mencionar que el mismo autor co-coordinó otro libro reciente, *Adivinar para actuar*, publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Este libro surgió a partir de un coloquio celebrado en 2009 en Francia, con la participación de antropólogos e historiadores especializados en México, Siberia, Mongolia, Japón, Egipto y la Antigua Grecia.

La ocasión para organizar la exposición *Tetzáhuítl* fue, desde luego, la conmemoración del inicio de la Conquista de México en 1519. En especial se enfocó en aquella serie de fenómenos que Motecuhzoma observaba en la víspera de este evento: la aparición de una gran pirámide de fuego y de un cometa en el cielo, la quema del templo de Huitzilopochtli, la destrucción del templo de Xiuhtecuhtli por un rayo, la ebullición de las aguas del lago, el llanto lúgubre de una mujer, el hallazgo de una grulla con un espejo en la cabeza y la aparición de personas con dos cabezas.

La obra de fray Bernardino de Sahagún no es la única fuente sobre estos presagios. En el *Códice Borbónico*, un manuscrito pictográfico, calendárico



y religioso donde se habla de las trecenas del *tonalpohualli* y las veintenas del *xiuhpohualli*, se encuentra la representación de una divinidad y la siguiente glosa: “dios de los agüeros, que les dijo cómo habían de venir los españoles a ellos, y los habían de sujetar”. El personaje divino es identificado como Cihuacoatl, “serpiente mujer”, el gran sacerdote y segundo gobernante del imperio mexica. A su derecha tenemos la representación del *tlatoani* o rey mexica vestido con los atavíos de Xiuhtecuhtli, el dios del fuego. Abajo podemos descifrar otra glosa: “dios de los maíces o hechiceros, que les confirmó lo que éste dijo: que venían ya a los conquistar”. Olivier continúa: “Cabe precisar que la lámina del *Códice Borbónico* en la cual Cihuacoatl está pintada ilustra la veintena de *Izcalli*, la última del calendario anual. De manera que, al cerrar el ciclo anual plasmado en este manuscrito, al empezar un nuevo año —*yei técpatl*, 3-Pedernal— e incluso un nuevo ciclo de 52 años [...], el *tlacuilo* ubicó de manera significativa el anuncio de la llegada de los españoles y del fin del imperio mexica”.

Hay aun más presagios de la Conquista que se registraron en diferentes fuentes. Por ejemplo, se menciona una anécdota sobre una escultura monumental elaborada para servir de *temalacatl*, un tipo de piedra de sacrificio. La piedra elegida por el gobernante Motecuhzoma no se dejó transportar y, según fray Diego Durán, pronunció la siguiente advertencia: “Pobres desventurados: ¿para qué trabajáis en vano? ¿No os he dicho que no e de llegar a México?: andá, yd y decidle a Montecuzoma que ya no es tiempo; que acordó tarde [...] porque ya está determinada otra cosa, la cual es divina voluntad y determinación [...] avisadle que ya se le acaba su mando y oficio [...] á causa de que se ha querido hacer mas que el mesmo Dios”.

Obviamente no contamos con testimonios muy directos de estos hechos. Quizá podríamos pensar que los mexicas, años después de la Conquista, afirmaban haber observado estos fenómenos, y que esto era parte de procesos de resignificación *a posteriori* de los acontecimientos. Entre los españoles observamos tendencias similares cuando éstos hablaban de las apariciones de santos, por ejemplo, la presencia del apóstol Santiago luchando al lado de los españoles.

Pero también podríamos preguntarnos ¿por qué no iba a haber presagios? Sabemos que los españoles estaban en el Caribe y en Centroamérica desde finales del siglo xv, y que las epidemias se expandieron años antes de que los españoles llegaran a los territorios que hoy son México y Perú. En el caso del imperio inca esto está bien documentado, como mencionan Luis Millones y Renata Mayer en su capítulo sobre agüeros y

presagios de la caída de Tahuantinsuyo (p. 181-189) que, en muchos sentidos, son comparables con los *tetzahuitl* de la Conquista de México. Huaina Cápac, el último inca que gobernó el Perú precolombino, tuvo noticia de las plagas en el reino de Quito, que corresponde a lo que hoy es Ecuador, en el extremo norte de su imperio. Cieza nos dice que fue allí donde supo acerca de los primeros barcos que llegaban de ultramar:

Y como se sintió tocado por la enfermedad, mandó se hicieran grandes sacrificios por su salud en toda la tierra y por todas las guacas [objetos, espacios físicos o construcciones consagradas a los dioses] y templos del Sol [...] y él sabía que la gente que avía visto en el navío volvería con potencia grande y que ganaría la tierra.

Millones y Mayer (p. 182) comentan que el autor de la crónica no sabía muy bien cómo explicar estos augurios y consideró, entre varias posibilidades, que “habló por su boca [del Inca] el demonio”.

Evidentemente, también en Tenochtitlan ya se sentía la llegada del fin del mundo años antes de que aparecieran los primeros españoles en persona. Tal vez vivían una situación como la que experimentamos hoy en día. Sabemos que viene el cambio climático producido por el exceso de CO₂ en la atmósfera, pero no sabemos exactamente qué va a pasar: los huracanes, inundaciones, sequías e incendios que suceden parecen presagios de un desastre mayor que ya es inminente, pero nunca hay certeza de que estos eventos estén directamente relacionados con el calentamiento de la atmósfera.

Uno de los aspectos más interesantes de la exposición y del catálogo es que demuestra que los augurios y presagios eran uno de los aspectos de la cultura donde los mesoamericanos y los europeos del siglo XVI tenían relativamente pocos problemas de comunicación. Mientras que los hablantes del náhuatl tenían lo que llamaban *tetzahuitl*, definido como augurio o “cosa escandalosa o espantosa, o cosa de agüero”, la palabra “presagio”, del latín *praesagium*, se refiere a “una señal que indica, previene y anuncia un suceso”. En el libro se habla de las numerosas apariciones de santos que para los conquistadores eran presagios de victoria, pero también se resalta la importancia de los astrólogos al servicio de Hernán Cortés, Diego Velázquez y otros españoles, aunque estas prácticas eran controvertidas. En ocasiones se prohibieron e, incluso, se perseguían.

Una cosa queda muy clara: no es que unos fueran ilustrados y los otros supersticiosos. Las fuentes, tal como los diferentes autores las lograron recopilar y sintetizar, nos hablan sobre cómo dos tradiciones crearon un

campo común para procesos conjuntos de “invención de la cultura”. Como se observa en los capítulos de Guilhem Olivier y Berenice Alcántara, hay elementos para superar el debate casi eterno sobre qué tan prehispánicas o europeas eran las prácticas reportadas. Hubiera valido la pena reforzar esta idea en el libro, pues a veces se pierde, tal vez por la heterogeneidad de los autores de las diferentes contribuciones.

También queda claro que en el denominado “encuentro de dos mundos” tanto los mesoamericanos como los europeos se interesaban por el “otro” y, en especial, por sus prácticas mágicas y adivinatorias. Los nativos de diferentes partes de América en ocasiones atribuyeron fuerzas especiales, incluso divinas, a los invasores. De esto hablaremos más adelante. El interés que había en Europa por prácticas mágicas en otros continentes se reflejó en el coleccionismo. En muchas de las Cámaras de Arte y Maravillas de la Europa renacentista había artefactos como aquel espejo mesoamericano de obsidiana que poseía —y posiblemente usaba— el erudito, astrónomo, astrólogo y adivino inglés John Dee. El artefacto en cuestión ahora pertenece al Museo Británico y se describe en el ensayo de Rachel King. La magia era una de las principales razones por las que se conservaban objetos y códices mesoamericanos en numerosos gabinetes de curiosidades donde fueron redescubiertos por los primeros estudiosos de la arqueología y filología mexicanas.

De esta manera, los fundamentos de los estudios mesoamericanos no se encuentran únicamente en la labor de los misioneros, sino también en el interés de eruditos, alquimistas y astrólogos renacentistas por las prácticas de pueblos como el mexicana. A la inversa, la asimilación tan rápida de muchas ideas europeas y judeocristianas por parte de los informantes de Sahagún y de muchos otros mesoamericanos indica que había un interés generalizado en la alteridad, en este caso, por la cultura y la religión de los recién llegados.

Posiblemente la importancia de los presagios era incluso mayor en el Viejo Mundo. Estas prácticas se conocían bien desde la antigüedad greco-romana, pero en el Renacimiento temprano alcanzaron un nuevo auge. La *Crónica de Núremberg*, de Hartmann Schedel, publicada en 1493, fue un auténtico *best-seller* de la época y contó con numerosas ediciones. Pues bien, esta obra omite algunos eventos que hoy en día consideramos importantes, como el viaje de Colón a América, pero registra muchísimos nacimientos de monstruos y siameses, los pasos de los cometas y otros acontecimientos que se consideraban presagios funestos.

Como vimos en el caso de la crónica de Cieza de León, para los europeos los presagios eran elementos más bien ominosos y demoniacos. A diferencia de lo que se ve en otras tradiciones, para los cristianos los monstruos eran algo horrendo y, por lo general (aunque hay excepciones), eran vistos como algo claramente negativo, incluso diabólico. Para empezar, en el cristianismo el diablo mismo es un ser híbrido con rasgos de macho cabrío y humano. En la lista de los presagios que se documentaron en México, algunos de los fenómenos mencionados refieren a seres monstruosos o extraños, como las personas con dos cabezas o la grulla con un espejo en la cabeza, pero los seres compuestos a partir de aspectos de diferentes animales, desde luego, no eran algo necesariamente negativo.

En la tradición occidental o judeocristiana es importante, pero a veces complicado, distinguir entre profecías y presagios. Los grandes eventos históricos se anuncian. La estrella de Belén es tal vez el caso más conocido, pero también lo es todo lo que pasó el día de la muerte de Jesucristo en la Cruz, cuando se rompió la cortina del Templo de Jerusalén, además de que hubo una especie de eclipse y los muertos deambulaban por las calles. En la cultura popular europea, la creencia en este tipo de presagios es algo vigente. Recuerdo que de niño me impresionaba cuando mi abuela platicaba que vio el cometa de Halley en 1910 y supo que iba estallar una guerra, y a finales de los 1930s vio la aurora boreal, un fenómeno raro en la Europa Central, y nuevamente supo que habría una guerra mundial.

Berenice Alcántara (p. 110) explica muy bien con qué malabarismos argumentativos Sahagún distinguió entre las advertencias proféticas legítimas y los presagios de inspiración demoniaca:

Desde la perspectiva de los frailes, ni el canto de la lechuza, ni el chasquido del fuego, ni los eclipses, ni los cometas que centellean eran *tetzáhuatl* de por sí, ya que sólo eran creaciones de Dios o simulaciones del diablo sin ningún tipo de calidad sagrada o divina —aquello a lo que los nahuas llamaban *téotl*—. Así, al descalificar a los *tetzáhuatl* indígenas al mismo tiempo que continuaban empleando esa categoría náhuatl para hacer referencia a los presagios desde una óptica cristiana, los mendicantes intentaban transformar una manera de concebir las relaciones entre los diversos seres del cosmos y de construir el conocimiento en torno a ellas.

Ahora bien, mientras misioneros como Sahagún tenían dificultades para explicar de qué se trataba exactamente, entre los especialistas contemporáneos hay una tendencia a no creer que Motecuhzoma o a los mexicas hayan visto estos presagios. Mucho de lo que sucedió en la Conquista de

México también se reporta en los eventos que llevaron a la ruina de Tula, pero algunos elementos aparecen también en textos antiguos del Viejo Mundo, por ejemplo, cuando se habla de los presagios de la destrucción de Jerusalén. El “sospechosismo historiográfico” se alimenta, además, de que los informantes (o coautores) de Sahagún tuvieron una educación humanista y habían sido preparados en el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco.

Leemos en el capítulo de Bernard Grunberg que en ese colegio se estudiaba latín, lógica, filosofía, retórica y teología. Los estudiantes, todos bautizados y cristianizados, sabían leer y escribir en náhuatl y en latín. Aparentemente, esos miembros de las elites indígenas se “aculturaron” muy rápido. Cuando hablan de los cultos de sus antepasados, ellos mismos usan expresiones como “la religión del demonio”. A parte de la Biblia, conocían los textos de muchos autores de la Antigüedad del Viejo Mundo y, notablemente, varios de esos autores habían abordado el tema de los presagios y los prodigios: Cicerón, Virgilio, Séneca, Lucano, Tácito y Flavio Josefo. Según Grunberg,

no es sorprendente que encontremos entre esos presagios funestos algunos tomados de la Biblia: la aparición de jinetes en el cielo durante cuarenta días [...] recuerda el presagio número siete y la luz que brilla por la noche [...] recuerda el número uno. Asimismo, en algunos autores, como Flavio Josefo, es posible encontrar ejemplos similares. Por lo tanto, entre las “advertencias divinas” que previnieron a los judíos de la destrucción del templo de Jerusalén a manos de las legiones romanas, la brillante luz de un cometa sobre el templo recuerda el presagio número uno, la voz que se alza en el templo hace referencia al sexto presagio y la aparición de carros de guerra se parece al séptimo presagio (p. 159).

Como se menciona en el capítulo de Berenice Alcántara, ya en la obra *Monarquía indiana* del franciscano Juan de Torquemada se asociaron las profecías de la destrucción de Jerusalén en la obra de Flavio Josefo con la lista de los presagios mexicas de la Conquista de México. Desde esta lógica, Moctezuma es un profeta de la llegada del cristianismo.

Hay muchos elementos que indican una influencia considerable de modelos judeocristianos de adivinación y profecía que, además, dejan ver cómo su difusión y adopción se llevó a cabo con una rapidez sorprendente. Algunos testimonios de presagios de la Conquista muestran un carácter europeo más que evidente. Guilhem Olivier menciona el poema épico intitolado *El peregrino indiano* de Antonio de Saavedra y Guzmán, publicado

en 1599. En este texto se describe que los dirigentes tlaxcaltecas estaban divididos en cuanto a la actitud que debían adoptar frente a los españoles. Opuesto a una alianza con Cortés, el gobernante Maxixcatzin decidió consultar a Tlantepuzilama, “una agorera de gran reputación, industria y fama, sutil, astuta y diestra hechicera”, para conocer el futuro de su patria amenazada. El poeta describe entonces a la hechicera en una cueva, realizando —desnuda y temblando— una serie de mezclas con ingredientes autóctonos como tezontle negro, hierbas como el *caquiztli* y el *quauhnenepil*, hule, tabaco y chile, pero, sobre todo, con componentes provenientes de algún recetario de hechicería europea:

sangre de harpía, ojos de aves nocturnas, pelos de mico hembra malparida, sangre de niña tierna corrompida, dientes de tiburón, entrañas de mujer recién casada, hiel de venado que anda en brama, lengua de serpiente recién cortada, hierbas venenosas diversas [e incluso] ¡lágrimas de mujer que tiene suegra! [...]. Después de untarse esta poción y de ingerir peyote, Tlantepuzilama invoca a deidades paganas del inframundo —Plutón, Ydras, Hécate, Gorgóneas, etc.— y recibe la visión del dominio español: “Vio por cosa evidente, clara y cierta, la sugestión de toda aquella tierra... (p. 46) (Después de haber sido enterado de estos presagios, Maxixcatzin decidió aceptar la alianza con los hombres de Castilla).

El tema del supuesto retorno del dios Quetzalcoatl siempre ha sido polémico y se presta para profundizar sobre la tensión entre las continuidades mesoamericanas y las influencias europeas en las fuentes. Para muchos estudiosos, todos estos discursos sobre un héroe cultural del pasado que había prometido un retorno mesiánico fueron simplemente parte de una estrategia más de justificación de la Conquista española. Algunos concluyeron que los mesoamericanos ya habían sido cristianizados y que, por ende, eran apóstatas, o que efectivamente estaban esperando la llegada del verdadero dios. Para otro grupo de estudiosos, las idas y venidas del personaje son expresión de los ciclos astrales tan importantes en los cultos, en especial del planeta Venus, identificado con Quetzalcoatl por los antiguos mesoamericanos. Por otra parte, desde una lógica animista o perspectivista, no resulta extraño que durante los primeros contactos los extranjeros fueran identificados con espíritus, ancestros o, por ejemplo, con los “seres diferentes”, que en náhuatl se llaman *teteo*. Esto se ha visto en diferentes partes de América y en Hawái, donde el Capitán James Cook fue tomado por el dios polinesio Lono. Estas identificaciones entre colonizadores y

dioses o *teteo* no demuestran la ingenuidad de los nativos, sino una manera de relacionarse con la alteridad o, como dice Clause Lévi-Strauss, “la apertura hacia el otro”.

Guilhem Olivier argumenta en sus conclusiones que, “necesitamos revisar la idea —o tal vez el prejuicio— según la cual los ‘vencidos’ se quedaron ‘pasmados’ y sin reacción, debido a sus ‘creencias religiosas’ ante unos europeos ‘renacentistas y racionales’; cuando en realidad los pueblos mesoamericanos no solamente enfrentaron por distintos medios a los invasores —los cuales compartían, dicho sea de paso, la ‘creencia’ en los prodigios y el uso de la adivinación—, sino que supieron integrar el tremendo impacto de la Conquista en el marco de sus propias categorías ancestrales” (p. 98).

Algunas propuestas de cómo los mesoamericanos integraron a los españoles en sus mundos conceptuales son, sin embargo, un poco deterministas. Según el eminente mesoamericanista belga Michel Graulich, que se cita ampliamente en el libro, en el Posclásico del centro de México había una concepción cosmológica basada en la alternancia entre los reinados de los dioses Tezcatlipoca y Quetzalcoatl. Así que es explicable que algunos presagios que anunciaron la caída de Quetzalcoatl de Tula se repitieran siglos después ante el inminente fin de la era mexicana, el retorno de Quetzalcoatl con los tlaxcaltecas y sus aliados españoles. Guilhem Olivier señala que el episodio donde Tezcatlipoca aparece como un borracho y anuncia el fin de Tenochtitlan puede interpretarse en este sentido. Los colaboradores nahuas de Bernardino de Sahagún relatan un acontecimiento ocurrido poco después del arribo de los conquistadores. Para contrarrestar la progresión de las huestes de Cortés hacia Mexico-Tenochtitlan, Motecuhzoma envió a unos brujos o hechiceros con el propósito de ejercer sus artes mágicas en detrimento de los invasores:

No más fue que cierto borracho con ellos tropezó en el camino [...] La forma en que lo vieron: como un hombre de Chalco [...] Estaba como borracho, se fingía ebrio, simulaba ser un beodo [...] Y no hizo más que lanzarse hacia los mexicas y les dijo: “¿Qué cosa es la que queréis? ¿Qué es lo que procura hacer Motecuhzoma? ¿Es que aun ahora no ha recobrado el seso? ¿Por qué en vano habéis venido a parar aquí? ¡Ya México no existirá más! ¡Con esto se le acabó para siempre! Dirigid la vista a México. ¡Lo que sucedió, ya sucedió!” Luego vinieron a ver, vinieron a fijar los ojos con presura. Ardiendo están los templos todos, y las casas comunales, y los colegios sacerdotales, y todas las casas en México. Y todo era como si hubiera batalla. Y cuando los hechiceros todo esto vieron, dijeron: “No tocaba a nosotros ver

esto: al que le tocaba verlo era a Motecuhzoma. No era cualquier ése... ¡ése era el joven Tezcatlipoca!" (p. 66).

La aparición de la diosa Cihuacoatl como una tenebrosa figura nocturna gritando para prevenir a sus hijos también puede interpretarse en este sentido. Cihuacoatl se identificaba con el gran sacerdote y segundo gobernante, pero también era una deidad de los agüeros. Su protagonismo parece apoyar la hipótesis de la alternancia entre eras de distintas divinidades.

Aunque en este libro se evita caer en polémicas, queda claro que hay actualmente dos líneas principales de investigación para entender los presagios de la Conquista, ninguna de las cuales convence del todo. Por una parte, se puede percibir que entre los mesoamericanistas que siguen a Graulich hay una tendencia hacia la sobreinterpretación estructuralista, misma que podemos ver como una radicalización del interés que se tiene por estudiar el dualismo en las cosmovisiones de pueblos considerados premodernos. Por otra parte, tanto entre los estudiosos del siglo xvi en México como entre los andinistas hay una influencia notable de autores que favorecen interpretaciones historiográficas. El problema con algunos de ellos —no tanto los que participaron en el libro, pero sí algunas de las autoridades que se citan ampliamente— es que tienden a caer en una negación de la agentividad indígena, además de que demuestran poco interés por las diferencias culturales entre europeos y nativos americanos. Lo peor es cuando estos estudiosos dejan entrever que en el fondo se trata de demostrar que la cultura de los conquistadores era superior, y que por ello se borraron en forma tan rápida casi todas las huellas del pasado indígena y pagano.

La exposición y el libro evitan los extremos, pero no son muy explícitos. Resulta positivo que en varios capítulos quede bastante claro que no todo es un invento de los cronistas y que sí es posible saber algo sobre las prácticas prehispánicas. Esto se logra cuando se explica que en la mayoría de los presagios que se mencionan hay elementos tanto mesoamericanos como judeocristianos. Pero ¿no se debería señalar más claramente que se produjo una síntesis original entre el tiempo mesoamericano, con sus elementos cíclicos y las series de creaciones y destrucciones del mundo, por un lado, y la tradición profética-mesiánica llegada del Viejo Mundo, por el otro? Al leer el libro siento que esto se vislumbra, pero no se sostiene una línea clara de interpretación, o no se hace con suficiente determinación. Algunos

autores van en direcciones más bien problemáticas. Hablar de una aculturación acelerada de los mexicas, como lo hace Grunberg, es una simplificación, y contribuye a crear un discurso según el cual los conquistados son los pasivos y los conquistadores los activos. Por ello, recomiendo que los lectores se fijen en aquellos pasajes del libro en los que los presagios de la Conquista se tratan como una expresión de la creatividad de autores indígenas como los colaboradores de Sahagún, de su interés por la alteridad y de su esfuerzo por crear un sistema de creencias nuevo *ad hoc* para la realidad que vivían.

Tal vez lo más importante en este contexto es que los autores de las fuentes, en especial los informantes de Sahagún, efectivamente vivían un fin del mundo. Como lo ha señalado Diana Magaloni en *The Colors of the New World*, había todo un grupo de artistas e intelectuales mexicas que trabajaban en el *Códice Florentino* mientras las plagas diezaban a la población y se derrumbaba el mundo de sus ancestros (Magaloni Kerpel 2014). A pesar de esa situación tan adversa, los coautores de Sahagún se esforzaron por inventar un nuevo mundo. Estos procesos de invención de cultura continúan hoy en día. El ensayo de Valentina Vapnarsky sobre la “invención profética” entre los mayas actuales lo demuestra muy bien.

Leyendo el libro también queda claro que muchos estudiosos de los pueblos amerindios antes, durante y después de la Conquista, sean ellos indigenistas, estructuralistas o practicantes de la historiografía hispanista, tienen un problema común para comprender las mentalidades amerindias: suelen ignorar la complejidad y flexibilidad del pensamiento amerindio. En el libro *Tetzáhuitl* la contribución de Alfredo López Austin ayuda para avanzar hacia una mayor valoración de la agentividad de los nativos porque aclara que el fatalismo y el esquematismo son ajenos a los mesoamericanos. Los presagios como *machiyotl*, “lo que conduce al conocimiento”, siempre eran negociables. López Austin argumenta que, aun cuando un presagio era funesto, se podía hacer algo, incluso detener el evento adivinado. Un pronóstico calendárico o un presagio “no revelaban algo que sucedería indefectiblemente. Por el contrario, era factible que una acción humana cambiara lo que en un principio había sido la intención divina. En otras palabras, los hombres podían rogar a los dioses que modificaran sus designios, o pedir a otras divinidades que intercedieran para librarlos del peligro, o incluso llevar a cabo procedimientos graves que frenaran el destino anunciado” (p. 37). También Olivier subraya que

la creencia en los presagios, la utilización de procedimientos adivinatorios o la percepción de los españoles como dioses no implican de ninguna manera una actitud fatalista o de sumisión de los mesoamericanos hacia los conquistadores.

Numerosos testimonios nos demuestran que era posible reaccionar ante un mal presagio; es más, las complejas técnicas adivinatorias mesoamericanas tenían el propósito de descubrir las voluntades de los dioses para actuar en consecuencia y no someterse a sus dictados [...]. En cuanto a los españoles, éstos eran por supuesto seres diferentes, y por lo tanto podían integrar la amplia categoría de los *teteo*; pero aun así podían ser atacados e incluso derrotados [...] (p. 98).

Todo esto marca una diferencia importante con la tradición profética judeocristiana, donde se insiste constantemente en que las cosas sucedieron exactamente como lo habían anunciado las antiguas escrituras.

Tal parece que en la Antigüedad griega las cosas eran más como en Mesoamérica. La clasicista Renée Koch-Piettre, que también aporta un capítulo muy interesante a *Tetzáhuitl*, explica que “El presagio, como su nombre sugiere o parece indicar, ‘predice’ algo; no obstante, no necesariamente es portador de una profecía para el futuro; acompaña y orienta tanto la vida cotidiana más banal como los actos oficiales y aporta una garantía sobrenatural a cada empresa, cuyo éxito todavía queda en suspenso” (p. 193).

REFERENCIA CITADA

Magaloni Kerpel, Diana. 2014. *The Colors of the New World. Artists, Materials, and the Creation of the Florentine Codex*. Los Ángeles: The Getty Research Institute (Getty Research Institute Council Lecture).